



EL DESQUITE Por Valentín Dávila Barrios

Rogelio Sotomayor, con el billete de la lotería en la mano, comparaba las cifras fijadas con tiza en la pizarra de la <<sucursal>> de Quetzaltenango. Evidentemente el número premiado con quince mil quetzales, era igual al del cupón que trémulamente aprisionaba. No obstante, su pesimismo de muchacho prematuramente amargado por la vida, le hacía dudar de que fuera verdad lo que repetidamente comprobaba.

- ¿No se habrán equivocado al transmitir la noticia de Guatemala?- se preguntó... Y él mismo se dio la respuesta consoladora: <<No; siempre tienen mucho cuidado... Además, ¿por qué había de tener tan mala suerte...?>>

Se quedó pensativo, pero repentinamente los ojos le centellearon de alegría, sus labios se desfloraron en una sonrisa triste, apretó los dientes y luego dijo en voz alta: - ¡Al fin podré librarme de ese viejo déspota!- Y resueltamente se encaminó a su casa.

- Don Samuel- dijo, dirigiéndose a una hombre de facha grotesca, rostro mofletudo, de bigote hirsuto y semicano, vestido con un traje astroso y que mondaba una pata de pollo, sosteniéndola con la mano -traigo una gran noticia...
- ¿De qué se trata?...
- Me he sacado el premio mayor de la lotería... ¡Quince mil quetzales...! Mire. El viejo dejó de comer y se levantó; la codicia le desorbitaba los ojos... Exclamó:
- ¡Dame el billete!... ¿De dónde lo sacaste...?
- Me lo regalaron y es mío. ¡No se lo doy...!
- ¿Cómo? ¿Y desde cuando te permites esa falta de respeto para conmigo...? ¿Olvidas que soy tu padrino y tutor...?
- ¡Padrino y tutor!... Usted no ha sido para mí, más que un explotador!...
- Silencio, malcriado, o te rompo las costillas!...

- ¡Cuidado don Samuel!... No se vaya a atrever a tocarme, porque de hoy en adelante no tolero más humillaciones de usted ni de nadie!... Ahora puedo valerme por mi mismo... Ya me cansé de ser criado... Porque eso he sido para usted: un criado sin sueldo, que además tenía la obligación de estar agradecido... ¡Pero esto se acabó!... Usted me ha explotado, se ha robado mi herencia... Los bienes que dejó mi padre, están a nombre suyo... ¡Me ha dejado en la calle!... Vea cómo me tiene: vestido con sus trajes viejos, con los zapatos rotos, hecho un miserable... ¡Pero esto se acabó!...
- ¡Mentira!- exclamó el viejo echando espumarajos de rabia... ¡Ingrato! ¡Mala víbora! Tras que te he dado de comer, ahora te revuelves para morderme... ¡Tu padre te ha de estar maldiciendo desde el cielo! ¡Olvidas que él te dejó encomendado a mi guarda y que tienes que obedecerme y respetarme?
- Mi Padre creyó que usted era un hombre honrado, pero no es más que un sinvergüenza que me ha dejado en la calle!...
- Insolente, mal agradecido... Si vendí tu casa fue para darte alimentos, para costear tu educación...
- ¡Para darme alimentos!... ¡Qué cinismo!... Siempre me ha tenido muerto de hambre. Son solo la renta de mis casas, pude haber vivido como príncipe! En fin, no discutamos más.. Todo se lo perdono, pero hoy me marcho para siempre...

El viejo Samuel, amilanado por la audacia imprevista de aquel muchacho que a fuerza de golpes y privaciones había sido hasta entonces un pobre diablo servil y tímido, no acertaba a comprender el cambio tan bruscamente operado en su ahijado, pero se dio cuenta de que no podría reducirlo con amenazas y como no estaba dispuesto a perder tan magnífica presa, concibió un nuevo plan y cambió de táctica.

- Oye Rogelio,- le dijo dulcificando el acento. Comprendo que he sido un poco duro contigo, pero ha sido para templar tu carácter; gracias a eso eres ahora todo un hombre. No vamos a disputar por niñerías. Te puedes quedar a vivir aquí y hacer lo que te dicte tu voluntad. Ya tienes dieciocho años y sabrás elegir lo que mejor que te convenga. Después de tantos años de vivir juntos, no puedo avenirme a que nos separemos... Te quiero como un hijo... Sabes que no tengo parientes, y vas a ser mi único heredero...

- ¡De usted no quiero nada!... Y pierda la esperanza de quitarme el dinero que la suerte me ha deparado, porque antes tendría que pasar sobre mi cadáver.
- No pretendo quitarte nada... Ya soy viejo... No tengo mayores gastos y en cambio poseo una fortuna respetable... Ahora sí, tengo la obligación de velar por ti; eres demasiado joven e inexperto... A la vuelta de un mes te habrán despojado de todo... Haces mal en sulfurarte... Cálmate... Yo solo quiero darte consejos... Ya nos pondremos de acuerdo... ¿Tienes siquiera dinero para ir a la capital a cobrar el premio?
- No, pero cualquier persona me lo puede facilitar...
- ¿Y quién mejor que yo...? Hoy es día de fiesta y te será difícil conseguirlo. ¿Cuánto quieres?

A Rogelio le brillaron los ojos de alegría. Se frotó las manos y dijo:

- Necesito celebrar esto con mis amigos... Présteme quinientos quetzales y le devolveré mil...
- ¡Quinientos quetzales!... - Repitió el viejo frunciendo las cejas. Me parece excesivo, pero te los daré con una condición: que me firmes un pagaré, y dejes que te acompañe, para que no te vayan a robar... Perderíamos los dos...
- ¡Aceptado!... exclamó Rogelio, lleno de felicidad, ofuscado por la idea de tener quinientos pesos en el bolsillo, cuando jamás había tenido ni siquiera diez juntos... Al recibir el dinero olvidó todos sus rencores, y frenéticamente abrazó al zorro de su verdugo...

El viejo Samuel - como todo avaro-, se había vuelto pródigo gastando el dinero ajeno. <<Champagne, más champagne>> -exclamaba a cada momento, y las botellas se vaciaban vertiginosamente. Había dispuesto emborrachar a su pupilo para despojarlo del billete premiado, pero Rogelio adivinó su intención y la desconfianza lo mantuvo alerta. No obstante, estaba alegre y bebía sin tasa.

Eran siete los que cenaban ruidosamente en el <<Hall>> de <<La Lonja>>.

Cuando concluyeron, alguien propuso: -Vamos a bailar donde <<La Canche>>... Todos aceptaron entusiasmados y se fueron.

La mansión de <<La Canche>>, estaba bajo la protección de Afrodita. Mujeres del hampa, vendían sonrisas y caricias. Una electroganga tosía foxtrots. Los juerguistas irrumpieron haciendo algazara. Cada cual se apoderó de una vulpeja y se lanzó al torbellino del baile. El viejo Samuel se sentó con dos chicas, y pidió Champagne. A media noche todos estaban borrachos. Julieta Mendía le contaba su historia a Ramiro Kollier, y éste lloraba desconsoladamente. Romeo Longoño correteaba a Lucrecia Santos. En eso Juanita, <<La Alondra>>, empezó a cantar, lo cual nada tenía de raro, pero Romeo Pérez al oírla salió corriendo.

- Julieta le gritó: <<No te vayas, Romeo, todavía>>; Pero éste le contestó:
- Me voy... Si la alondra sigue cantando me voy... de cabeza por la ventana- e hizo el ademán de arrojarlo; lo detuvieron a tiempo. El barullo era insoportable. José Limón propuso:
- Vamos a bañarnos a Almolonga!... Todos aplaudieron el proyecto. Entonces Rogelio dijo:
- Mejor vamos al lago de Atitlán... Bravo.. Bravo respondieron a coro. Y él entusiasmo, ofreció más:
- Y después a Guatemala... Ocho días de fiesta... Yo pago los gastos y a cada una de las mujeres le daré de propina cien quetzales.

Las muchachas cayeron sobre él y le sellaron el rostro con siete corazones encarnados; luego lo alzaron en hombros, y aquí fue el delirio!... El delirio de Lucía... De Lucía Godínez, quien completamente ebria, se puso a dar alaridos y brincos, a llorar y reír histéricamente...

Rogelio se acercó a su padrino y le dijo:

- Deme dos mil quetzales más y le devolveré cuatro mil..

El viejo accedió refunfuñando. Pasaron a traer el dinero, y en dos autos partieron hacia Atitlán, cuando ya el alba desnuda empezaba a danzar sobre las crestas de los montes lejanos..

Después de un almuerzo cadenalesco, en que el buen vino estuvo a punto de desplazar a las ricas viandas los catorce excursionistas se metieron en una lanchón, para dar un paseo por el lago. El calor era aplastante.

Un telón de neblinas cubría el horizonte. Empezaron a bogar. A golpes de quilla la embarcación iba rompiendo los cristales del agua. <<La Alondra>> inició los compases de una barcarola, que cual si hubiese tenido la virtud contagiosa del sarampión, a todos se les pegó en la garganta.

Paca Soriano, convertida en Hebe les escanciaba coñac en sendas copas. Rogelio iba recostado en los muslos de Lucía y a su diestra, don Samuel cuidando de que bebiera su pupilo.

- ¡Uf... que calor!... -exclamó Florinda-, Yo me quito el vestido. Y puso manos a la obra.
- Que todas hagan lo mismo- ordenó son Samuel, más nadie le hizo caso.

Luis Soriano propuso: hagamos un concurso de belleza. Diez dólares para la que tenga mejor cuerpo. Y entonces las muchachas accedieron a quedarse en traje... de baño.

Los hombres se despojaron del saco. Rogelio dispuso buscar papel para hacer anotaciones, y por sacar su cartera tomó la que estaba en el saco de Ramiro Ponciano.

- ¡Qué asco de cartera!...- le dijo a su dueño... Te voy a comprar una nueva. Y arrojó al agua la que tenía en las manos.
- Ramiro se puso colérico, pero no dijo anda. Disimuladamente se acercó al saco de Rogelio, y le sacó la suya, exclamando:

- ¡Tu cartera está pero que la mía. ¡Cómprate otra también! Y la echó al agua. Rogelio quiso impedirlo abalanzándose sobre él pero no lo consiguió. -Animal- le increpó, con el rostro alterado y haciendo aspavientos. ¡Allí estaba el billete premiado de la lotería! ¡Padrino! ¡Padrino!... echaron al agua mi cartera... ¡Se pierde el billete!

Don Samuel se puso pálido... Se pasó la mano por la frente sudorosa. Todos se acercaron al borde de la lancha de la lancha, para ver la cartera que flotaba como a seis varas. La embarcación se balanceó y se armó una gritería descomunal. Repuesto el equilibrio, Rogelio gritó:

- ¡Cinco mil quetzales, al que saque esa cartera...!

Don Samuel pensó: ¿Quién me va a pagar mis tres mil quetzales...? Si la saco tendré ocho mil! ¡Lo tendré todo, porque si la rescato ya no se la devuelvo!...

Y se tiró al agua. Pero lo único que no entró en sus cálculos fue que no era buen nadador. No obstante alcanzó la cartera y la apretó con los dientes, más al querer regresar le faltaron las fuerzas y se sumergió para luego volver a aparecer... Le arrojaron un remo, pero no lo alcanzó; quisieron acercar la lancha, más una correntada lo arrastró en dirección contraria. El viejo avaro manoteaba y asomaba el rostro angustiado, siempre con la cartera prensada, hasta que se hundió definitivamente... Dos horas pugnaron por rescatarlo, pero fue inútil..

A bordo, todo era gritos, confusión, llantos y alharacas de las mujeres. Dos de ellas se desmayaron. Regresaron al hotel desolados.

En su cuarto, Rogelio maldecía el trágico fin de la parranda. Qué suerte más negra la mía -pensaba-

- Haber tenido la fortuna en las manos y dejarla escapar tan neciamente... ¡Qué le vamos a hacer!.. ¡Pobre viejo, después de todo tal vez me quería de veras!...

Se acercó a la ventana y se puso a contemplar el lago, con tristeza. SE llevó las manos a la cintura y sintió un pinchazo en la derecha. Se miró el índice y notó que le sangraba. Buscó el objeto punzador, y dio con un alfiler que le cosía el bolsillo del reloj; metió la mano y se quedó frío... Recapacitó, y le vino claramente a la memoria, que en medio de su borrachera en la primera cena, temiendo que su tutor le robara la cartera, había sacado el billete de la lotería y doblándolo se lo guardó en ese bolsillo.

- ¡Ah... desdichado don Samuel! Yo no tuve la culpa... No me quise vengar, pero el destino tal vez dispuso mi desquite..

Y su mirada se perdió en la lejanía azul del horizonte...

FIN.